

LENGUA PERFECTA E INUTILIDAD ETIMOLÓGICA
ENTRE SAN AGUSTÍN Y JORGE LUIS BORGES



Francisco García Jurado

*(...) un hombre que ha aprendido a agradecer
las modestas limosnas de los días:
el sueño, la rutina, el sabor del agua,
una no sospechada etimología.*
Jorge Luis Borges “Alguien”, *El otro, el mismo*

1. *NIMIS CURIOSA, ET MINUS NECESSARIA*. INUTILIDAD DE LA ETIMOLOGÍA.

Hace ya tiempo, dentro de un estudio encaminado a analizar las complejas relaciones entre etimología y literatura desde la Antigüedad al presente¹, observamos cómo en Agustín y Borges, aun mediando entre ellos varios siglos, se daba una singular coincidencia en el escéptico juicio que tenían acerca de la etimología. De esta forma, salvando las distancias científicas e históricas,

¹ Este trabajo se inserta en el proyecto de investigación PB-98-0794 financiado por la Dirección General de Enseñanza superior del Ministerio de Educación y Cultura. Quiero agradecer a la profesora Barrios Castro su interés en leer una versión previa de este trabajo. Parte de los resultados de esta investigación pueden encontrarse en García Jurado “La etimología...” citado en la bibliografía final.

ambos coinciden en calificar a la etimología de disciplina curiosa o interesante, aunque poco necesaria o útil. Uno y otro autor se expresan de forma muy parecida:

AGUSTÍN “ <i>de origine verbi</i> ”	BORGES “etimología”
<i>res nimis curiosa</i>	“escasas disciplinas habrá de mayor interés”
<i>minus necessaria</i>	“de nada o de muy poco nos servirá para la aclaración de un concepto el origen de una palabra”

El juicio, como es fácil comprobar, se compone de dos asertos en cierto sentido contradictorios, pues hay una valoración positiva, por un lado, que reconoce la curiosidad o el interés de la etimología, pero, por otro lado, se declara explícitamente su inutilidad a la hora de ayudarnos a entender el concepto que expresa la palabra en cuestión. La coincidencia resulta significativa, y más aún porque no creemos que Borges haya leído el texto concreto de Agustín donde aparece expresado este juicio. Es cierto que Borges cita a menudo a Agustín², pero es siempre a propósito de la refutación de la idea estoica del tiempo cíclico en *La Ciudad de Dios*: “(...) la idea del tiempo cíclico, que fue refutada por San Agustín en *La ciudad de Dios*. San Agustín dice con una hermosa metáfora que la cruz de Cristo nos salva del laberinto circular de los estoicos.” (OC 4: 165-166). Volviendo al juicio sobre la etimología, el texto de Agustín, que es también una crítica al pensamiento estoico, se encuentra en su obra de juventud titulada *De dialectica*, escrita en el año 387:

Nos preguntamos acerca del origen de una palabra cuando nos planteamos de dónde proviene que se diga de tal manera: asunto bastante curioso, en mi opinión, pero menos necesario. No me gustó decir

² Así podemos verlo, por ejemplo, en diversos lugares de la obra de Borges, que citaremos por la edición de sus *Obras Completas*. De entre las citas que hemos encontrado de San Agustín destacamos las siguientes: OC 1: 359, 362, 365, 391, 392, OC 2: 92 y OC 4: 201.

esto que a Cicerón³ parece merecerle la misma opinión; aunque, ¿quién necesita de una autoridad en un asunto tan evidente? Pero si fuera de mucha utilidad explicar el origen de una palabra, no sería apropiado adentrarse en lo que ciertamente es imposible de alcanzar. ¿Quién hay que pueda justificar por qué se tiene que decir de tal manera lo que nombramos? Ocurre que, al igual que en la interpretación de los sueños, así se declara el origen de una palabra de acuerdo con el ingenio de cada cual. (Aug. *Princ.dial.* 6)⁴

A continuación, se desarrollan cuatro posibles etimologías para la palabra *verbum* y se termina concluyendo que con tal de saber lo que significa una palabra no nos importa tanto conocer su origen. En lo que respecta a Borges, si bien las referencias al significado y la etimología de las palabras aparecen en muchos pasajes de su obra, vamos a destacar de momento la prosa que cierra el volumen misceláneo titulado *Otras inquisiciones*, publicado en 1952⁵, y que lleva el título “Sobre los clásicos”:

Escasas disciplinas habrá de mayor interés que la etimología; ello se debe a las imprevisibles transformaciones del sentido primitivo de las palabras, a lo largo del tiempo. Dadas tales transformaciones del sentido primitivo de las palabras, que pueden lindar con lo paradójico, de nada o de muy poco nos servirá para la aclaración de un concepto el origen de una palabra. (OC 2: 150)

El texto continúa con una serie de ejemplos:

³ Esta referencia es muy interesante, pues en el *De natura deorum* de Cicerón puede rastrearse ya una parte del juicio sobre la etimología, concretamente, la parte negativa: 3,63 “magnas molestias susceperit et minime necessarias primus Zeno post Cleanthes deinde Chrysippus.”

⁴ “De origine verbi quaeritur, cum quaeritur unde ita dicatur: res mea sententia nimis curiosa, et minus necessaria. Neque hoc mihi placuit dicere, quod sic Ciceroni quoque idem videtur; quamvis quis egeat auctoritate in re tam perspicua? Quod si omnino multum iuaret explicare originem verbi, ineptum esset aggredi, quod persequi profecto infinitum est. Quis enim reperire possit, quod quid dictum fuerit, unde ita dictum sit? Huc accedit, quod ut somniorum interpretatio, ita verborum origo pro cuiusque ingenio praedicatur.”

⁵ Si bien este dato no tiene porqué pasar de la mera esfera de la casualidad, llama la atención que Borges cite también en este libro pasajes del *De natura deorum* de Cicerón, como N.D. 2, 40-44, en el ensayo titulado “Quevedo” (OC 2: 39) y N.D. 2, 17 en el ensayo titulado “Pascal” (OC 2: 82 n. 1).

Saber que cálculo, en latín, quiere decir piedrita y que los pitagóricos las usaron antes de la invención de los números, no nos permite dominar los arcanos del álgebra; saber que hipócrita era actor, y persona, máscara, no es un instrumento valioso para el estudio de la ética. Parejamente, para fijar lo que hoy entendemos por clásico, es inútil que este adjetivo descienda del latín *classis*, flota, que luego tomaría el sentido de orden.

Aun a riesgo de simplificar la cuestión, tanto en Agustín como en Borges puede encontrarse la articulación de un pensamiento etimológico que puede justificar por qué la etimología no es una disciplina necesaria, si bien es interesante:

a. En primer lugar, porque hay una llamativa distancia entre el origen y el significado actual de las palabras. Es lo que lo que ocurre, por ejemplo, con *piscina*, cuyo significado real poco tiene que ver con la palabra “pez”:

Cuando se habla de «piscina» en lo referente a los baños, donde no hay rastro de peces, ni tiene nada que nos recuerde a los peces, parece, no obstante, que toma su origen de los peces a causa del agua, que es donde éstos viven. Así pues, la palabra no se transfiere a causa del parecido, sino que se toma debido a cierta contigüidad (...). Esto, sin embargo, demuestra perfectamente -lo que podemos dilucidar ya con tan sólo un ejemplo- la distancia que hay entre el origen y la palabra, la que se toma por contigüidad de aquella que se pone por similitud. (Aug. *Princ. dial.* 6).⁶

Esta última razón es bastante coincidente con la que esgrime, por su parte, Borges, ya dentro de un contexto moderno de etimología histórica, cuando nos habla de la paradójica transformación del sentido primitivo de las palabras, que es lo que ocurre cuando explicamos el término “clásico” a partir de la palabra latina *classis* “flota”⁷,

⁶ “(...) cum piscina dicitur in balneis, in qua piscium nihil sit, nihilque piscibus simile habeat, videtur tamen a piscibus dicta propter aquam, ubi piscibus vita est. Ita vocabulum non translatum similitudine, sed quadam vicinitate usurpatum est (...). Illud tamen bene accidit, quod uno exemplo dilucidare iam possumus, quid distet origo verbi, quae de vicinitate arripitur, ab ea quae similitudine ducitur.”

⁷ También encontramos esta definición etimológica en “La cábala” (OC 3: 267): “Tomemos la palabra *clásico*. ¿Qué significa etimológicamente? Clásico tiene su etimología

cerrando una pequeña lista de etimologías paradójicas (“cálculo” significaba “piedrita”, “hipócrita” era “actor” y “persona” originariamente era “máscara”). Como veremos más adelante (2), la conciencia de que el significado actual de una palabra sea tan diferente del significado originario lleva a cada uno de nuestros autores a soñar con una forma de lengua perfecta: lo *dicibile* en Agustín, o una lengua de imágenes de carácter extraverbal, y las lenguas cabalísticas o filosóficas en Borges.

b. En segundo lugar, a pesar de sus paradojas, la etimología es una forma de ver el lenguaje gracias a la interpretación que hacemos de unas palabras a través de otras. Para Borges, esta visión supondrá una “pura contemplación de un lenguaje del alba”, al margen de las paradojas que suscite. Sin embargo, Agustín pondrá el énfasis en la variedad de interpretaciones posibles que puede tener una etimología, circunstancia que acerca la actividad etimológica a la hermenéutica de los sueños, como tendremos ocasión de comprobar con la irónica ilustración de las posibles etimologías de la palabra *verbum* (3). Asimismo, veremos cómo esta combinación de etimología e interpretación de los sueños nos depara todo un inesperable hallazgo en la ficción borgesiana.

En definitiva, bajo esta compleja interpretación subyace el hecho de que la materia que estudia la etimología, el lenguaje verbal humano, es engañosa, lo que se adscribe claramente a una determinada corriente escéptica de pensamiento lingüístico que tiene su origen en el *Cratilo* de Platón y llega hasta alguno de los más penetrantes filósofos del lenguaje del siglo XX, como el vienés Ludwig Wittgenstein. El lenguaje, en definitiva, es engañoso como vehículo de conocimiento, pero es fascinante por la posibilidad de juego que nos ofrece, en especial la etimología.

Veamos con más detenimiento los dos aspectos antes esbozados: de un lado (2), la distancia entre el significado real y el originario y, de otro (3), la capacidad que tiene la etimología para permitirnos ver a través del lenguaje.

en *classis*: «fragata», «escuadra». Un libro clásico es un libro ordenado, como tiene que estarlo a bordo; *shipshape*, como se dice en inglés.”

2. *VNDE SIT DICTUM NON CUREMUS*. RAZONES PARA DUDAR DE LA ETIMOLOGÍA. LAS LENGUAS PERFECTAS.

La distancia que se da entre el significado originario y el significado actual conduce a establecer la independencia de la semántica con respecto a la etimología. Agustín es absolutamente claro al respecto: “Por lo tanto, a ti corresponde juzgar si hemos de considerar que *verbum* se dice de *verberando* (“azotar”), o de *vero* (“verdad”) tan sólo, o de *vero boando* (“hacer resonar la verdad”), o si, por el contrario, es preferible que no nos preocupemos por su origen, ya que sin necesidad de ello entendemos lo que significa” (Aug. *Princ. dial.* 6)⁸. Con ese aserto, Agustín se aleja decididamente⁹ de aquellos pensadores de orientación estoica a los que critica, pues consideran la etimología como un medio de conocimiento. La corriente escéptica de Agustín quedará, sin embargo, ensombrecida por Isidoro de Sevilla, en su certidumbre de que con la etimología se puede aprender mejor el significado de una palabra: “pues, si se sabe cuál es el origen de una palabra, más rápidamente se comprenderá su sentido” (*Orig.* 1, 29, 2)¹⁰. Bajo tales afirmaciones se esconden dos actitudes divergentes ante el propio lenguaje como fuente de conocimiento: por una parte, la escéptica y crítica, con representantes como Platón, Sexto Empírico o Quintiliano y, por otra parte, la vertiente crédula, con cultivadores como Varrón o Isidoro. Dentro de la postura escéptica, esta oposición agustiniana entre etimología y semántica es verdaderamente novedosa en un pensador de finales del siglo IV, pues nos acerca a la moderna teoría del signo lingüístico. El contexto científico es fundamental en este punto, pues Agustín, que es un crítico heredero de las reflexiones estoicas sobre la estructura del significa-

⁸ Ergo ad te iam pertinet iudicare, utrum verbum a verberando, an a vero solo, an a vero boando dictum putemus: an potius unde sit dictum non curemus; cum, quod significet, intellegamus.

⁹ Según Amsler (46) “The trouble, says Augustine, is that all these explanations of the origins of *verbum* are beside the point and matters of secondary judgment «... cum quod significet intellegamus» (c.6) [... so long as we understand what it (the word) signifies]. This is a characteristically Augustinian turn.”

¹⁰ nam dum videris unde ortum est nomen, citius vim eius intellegis. (Traducción de Oroz Reta y Marcos Casquero).

do, nos dice que existen cuatro cosas que deben distinguirse: la palabra (*verbum*), lo expresable (*dicibile*), la expresión (*dictio*) y la cosa (*res*)¹¹. El rechazo de la etimología como ciencia útil viene de una desconfianza en el lenguaje como vehículo de conocimiento que ya puede rastrearse en el *Cratilo* de Platón, y que aquí cobra una nueva dimensión cristiana. En efecto, como apunta Eco (25), estamos ante el rechazo de un lenguaje verbal (*verbum*) en contraposición a una lengua no verbal, precisamente aquella lengua mediante la que Dios habló a Adán, y que se correspondería con la parte de lo *dicibile*. Se trata de una lengua de imágenes, pansemiótica, poblada de alegoría, que tan importante será para la representación de la cultura en la Edad Media. Las ilustraciones de los Beatos medievales serían magníficos ejemplos de representación de esta lengua no verbal.

En cuanto a Borges, puede encontrarse también la contraposición entre etimología y semántica cuando nos habla de una manera irónica acerca de la actitud de los detractores y los partidarios de la etimología en un polémico ensayo escrito en 1940, relativo a los germanófilos:

Los implacables detractores de la etimología razonan que el origen de las palabras no enseña lo que éstas significan ahora; los defensores pueden replicar que enseña, siempre, lo que éstas ahora no significan. Enseña, verbigracia, que los pontífices no son constructores de puentes; que las miniaturas no están pintadas al minio; que la materia del cristal no es el hielo; que el leopardo no es un mestizo de pantera y de león; que un candidato puede no haber sido blanqueado; que los sarcófagos no son lo contrario de los vegetarianos; que los aligatores no son lagartos; que las rúbricas no son rojas como el rubor; que el descubridor de América no es Américo Vespucci y que los germanófilos no son devotos de Alemania. (*OC*, 4: 441)

No es difícil ver que el planteamiento es muy parecido al que veíamos en el libro *Otras inquisiciones*. La estrategia discursiva es la

¹¹ La partición estoica, como es sabido, se compone sólo de tres elementos: significado, significante y designado. En realidad, también en Agustín estamos ante tres elementos, ya que tanto la palabra como la expresión son dos variantes, producto de la combinación de terminología estoica y retórica, para referirse al significante (véase Todorov 43).

misma, pues al juicio, no carente de cierta paradoja, se le añaden unos sustanciosos ejemplos (“pontífices”, “miniatura”, “cristal”, “leopardo”, “candidato”, “sarcófago”, “aligatores”, “rúbricas”...). En este punto, cabe preguntarse qué es lo que ha podido motivar esta reflexión que opone la etimología a la semántica en Borges. Si en la época de Agustín hablábamos de una arraigada tradición escéptica en la que subyace la desconfianza en el lenguaje como vehículo de comunicación, esa tradición fue en parte marginada por la obra de Isidoro de Sevilla prácticamente hasta el nacimiento de la lingüística histórica en el siglo XIX, cuando se desarrolla la etimología que llamamos científica. Sin embargo, esta renovada etimología, integrada en la moderna lingüística, va a verse a menudo relegada en tal contexto. Saussure, con su énfasis en la lingüística sincrónica y la naturaleza arbitraria del signo lingüístico, no dejará de suponer igualmente un revés para la etimología¹². No obstante, sin menoscabo de un contexto histórico y científico determinado, creemos que la experiencia de Borges con la etimología tiene unas razones mucho más personales e inmediatas. Por lo que hemos podido colegir gracias a una lectura global de su obra, esta diferencia paradójica entre el significado actual y el significado originario se la ha encontrado Borges en el cotidiano manejo de los diccionarios de antiguo inglés. En un magnífico cuento titulado “El soborno”, inserto dentro de *El libro de arena* (1975), que tiene como protagonistas a dos profesores de inglés antiguo, se hace una afirmación bastante elocuente acerca del proyecto científico de uno de los docentes: “ahora estaba compilando un diccionario de inglés-anglosajón, que ahorrara a los lectores el examen, muchas veces inútil, de los diccionarios etimológicos.” (OC

¹² Malkiel (70) nos cuenta con ciertas dosis de ironía los avatares de la disciplina en el nuevo contexto científico de la lingüística: “La situación aquí descrita era muy negativa para el desarrollo de la etimología como disciplina autónoma, debido sobre todo a que se acompañaba de una peligrosa atomización del conocimiento y, por otro lado, a que su práctica -según se decía- estaba amenazada por una excesiva dosis de subjetividad y azar. Esta situación tan poco halagüeña requería una rápida solución.

Un remedio rápido consistía en excluir la etimología del conjunto de preocupaciones legítimas de un lingüista serio -por supuesto, a cierto precio. A principios de este siglo, Ferdinand de Saussure decidió adoptar esta actitud durante los cursos experimentales que dio en Ginebra, a un selecto y reducido grupo de personas, sobre «lingüística general» o, como estaríamos inclinados a decir hoy, teoría lingüística.”

3: 58). Aquí aparecen muy cercanas las ideas de inutilidad y etimología, como ocurre, asimismo, en uno de los poemas de su libro *La cifra* (1981), el titulado “Aquél”, donde, entre otros inútiles empeños, se incluye ésta:

Oh días consagrados al inútil
 empeño de olvidar la biografía
 de un poeta menor del hemisferio
 austral, a quien los hados o los astros
 dieron un cuerpo que no deja un hijo
 y la ceguera, que es penumbra y cárcel (...)
 y vísperas de trémula esperanza
 y el abuso de la etimología
 y el hierro de las sílabas sajonas. (OC 3: 299)

Hemos visto que la consideración de la inutilidad de la etimología deriva hacia un ideal de lengua perfecta. En Agustín esta lengua venía representada por lo *dicibile*, una lengua no verbal constituida por imágenes. En Borges la cuestión parece más compleja, ya que se siente fascinado por esas lenguas no ambiguas con referente unívoco a las cosas, bien sea la cábala o las lenguas filosóficas (Ramón Llull, o John Wilkins). Veamos algo acerca de una y otras. La posibilidad de que las letras de una palabra contengan la esencia de una cosa es algo que ya está recogido, si bien con todas las reservas, en el *Cratilo*. Borges alude a ello en un poema:

Si (como el griego afirma en el Cratilo)
 el nombre es arquetipo de la cosa,
 en las letras de *rosa* está la rosa
 y todo el Nilo en la palabra *Nilo*. (OC 2: 263)

Sin embargo, Borges reconoce que tales planteamientos no cuadran con una mentalidad occidental, sobre todo en lo referente a la existencia previa de las letras con respecto a los sonidos, que es una idea propiamente cabalística:

Llegamos a algo tan increíble como lo dicho hasta ahora. A algo que tiene que chocar a nuestra mente occidental (que choca a la mía), pero que es mi deber referir. Cuando pensamos en las palabras, pensamos históricamente que las palabras fueron en un principio sonidos y que luego llegaron a ser letras. En cambio, en la cábala (que quiere decir *recepción, tradición*) se supone que las letras son anteriores; que

las letras fueron los instrumentos de Dios, no las palabras significadas por las letras. (OC 3: 269-270)

En cuanto a las lenguas filosóficas, Borges deja patente la incompatibilidad que éstas tienen con cualquier forma de translación etimológica:

Emerson dijo que el lenguaje es poesía fósil; para comprender su dictamen, bástenos recordar que todas las palabras abstractas son, de hecho, metáforas, incluso la palabra *metáfora*, que en griego es traslación. El siglo trece, que profesaba el culto de la Escritura, es decir, de un conjunto de palabras aprobadas y elegidas por el Espíritu, no podía pensar de ese modo. Un hombre de genio, Raymundo Lulio, que había dotado a Dios de ciertos predicados (la bondad, la grandeza, la eternidad, el poder, la sabiduría, la voluntad, la virtud y la gloria), ideó una suerte de máquina de pensar hecha de círculos concéntricos de madera, llenos de símbolos de los predicados divinos y que, rotados por el investigador, darían una suma indefinida y casi infinita de conceptos de orden teológico." (OC 3: 440)

Este tipo de lenguas, como la analítica de John Wilkins, busca superar la arbitrariedad de los lenguajes naturales mediante palabras formadas por símbolos que recojan una cualidad de la cosa, muy cercano al planteamiento cabalístico:

Las palabras del idioma analítico de John Wilkins no son torpes símbolos arbitrarios; cada una de las letras que las integran es significativa, como lo fueron las de la Sagrada Escritura para la cabalística. Mauthner observa que los niños podrían aprender ese idioma sin saber que es artificioso. (OC 2: 85)

Sin embargo, este magnífico idioma analítico encuentra un insalvable inconveniente en la arbitraria clasificación por categorías que hay que hacer de las cosas. Recordemos la aberrante clasificación que se nos da poco después, supuestamente extraída de una enciclopedia china, y que tanto admirara Michel Foucault al comienzo de su libro *Les mots et les choses*:

Esas ambigüedades, redundancias y deficiencias recuerdan las que el doctor Franz Kuhn atribuye a cierta enciclopedia china que se titula *Emporio celestial de conocimientos benévolos*. En sus remotas páginas está escrito que los animales se dividen en (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con

un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas (...) (OC 2: 85)

En definitiva, desengañados de la viabilidad de lenguas cabalísticas y filosóficas, nos vemos abocados a esa lengua verbal y paradójica que llamamos natural, sin correlatos objetivos ni unívocos con las cosas. Preocupación compartida por otros grandes creadores contemporáneos, como Julio Cortázar, a la sombra de Wittgenstein¹³ (García Jurado "Juego" 137-147).

Hasta aquí hemos considerado por qué la etimología no es útil, al menos para conocer el significado actual de las palabras. Pero entre el imposible correlato unívoco de las palabras y las cosas y la torpe arbitrariedad nos queda, por mucho que nos pese, la etimología, que nos ofrece una cierta forma de visión, por distorsionada y paradójica que sea. A ello dedicamos nuestro apartado final.

3. *VT SOMNIORUM INTERPRETATIO*. PURA CONTEMPLACIÓN DE UN LENGUAJE DEL ALBA. ALEGORÍA Y SUEÑO.

En la etimología moderna, aquellas palabras cuyo origen no es evidente se califican como palabras "arbitrarias" u "opacas" (Zamboni 93). No es difícil darse cuenta de que, según esta terminología, el hecho de que la arbitrariedad presuponga opacidad es algo que tiene un trasfondo metafórico en lo visual. La metáfora que equipara lo etimológico a lo visual es realmente antigua, y la vista está ligada etimológicamente a la idea de conocimiento en las lenguas clásicas (la misma raíz etimológica que da en griego el verbo "conocer" en latín nos da el verbo "ver"). Agustín habla explícitamente de la facultad de ver dónde se encuentra el origen de una palabra:

Verás que el origen de una palabra, que no podemos buscar más allá del parecido de los sonidos, está contenido bien en la semejanza de las cosas y los sonidos, o en la semejanza de las cosas mismas, o en la contigüidad, o en la antífrasis; sin embargo, no siempre podemos lograrlo. Hay infinidad de palabras cuya etimología no es posible refe-

¹³ Acerca de la preocupación lingüística en Julio Cortázar cf. García Jurado "Juego".

rir, pues bien no existe, como es mi opinión, o está oculta, como sostienen los estoicos. (Aug. *Princ. dial.* 6)¹⁴

Fiel al escepticismo que domina su pensamiento sobre el lenguaje, esta facultad de visión, sin embargo, se ve perturbada por la abrumadora variedad interpretativa que ofrece el análisis etimológico (semejanza, contigüidad, antífrasis...). Esto llega hasta tal punto que la visión del origen no siempre es posible y no sólo, como sostienen los estoicos, porque este origen esté oculto (*latet*), sino porque no existe (*non est*), como cree Agustín. El caso de las múltiples interpretaciones para explicar el término que designa en latín a la palabra, *verbum*, es magnífico para demostrar esta imposibilidad:

Ocurre que, al igual que en la interpretación de los sueños, así se declara el origen de una palabra de acuerdo con el ingenio de cada cual. He aquí que hay quien interpreta que el mismo término *verba* (palabras) se dice así porque es como si azotasen (“reverberasen”) el oído; más bien, dice otro, porque es como si azotasen el aire. Pero esto no supone un gran problema, pues uno y otro remontan el origen de esta palabra del verbo “azotar” (*verberando*). Inesperadamente mira qué discordia viene a sembrar un tercero: *verbum* es sinónimo de “verdadero” porque, según dice, conviene que hablemos lo verdadero, y es odiosa la mentira, siendo la naturaleza el juez mismo. Pero no faltó un cuarto ingenio que dijo que, si bien hay quienes estiman que *verbum* se dice de “verdadero”, quedando, pues, la primera sílaba suficientemente constatada, no conviene olvidarse de la segunda. De esta forma, declaran que cuando decimos *verbum* la primera sílaba significa “verdadero”, y la segunda “sonido”; pretenden, pues, que éste (el sonido) sea un “zumbido” (*bombum*). Por ello, Ennio llamó al sonido de los pies “ruido de pasos”, los griegos dicen “gritar” con el término *boasai*, y Virgilio dice “resuenan los bosques”. Luego, se dice *verbum* como si hiciéramos retumbar la verdad, es decir, como si hiciéramos sonar la verdad. Por tanto, si esto es correcto, el mismo nombre ordena que no mintamos al hablar, mas temo que

¹⁴ “aut similitudine rerum et sonorum, aut similitudine rerum ipsarum, aut vicinitate, aut contrario, contineri *videbis* originem verbi, quam prosequi non quidem ultra soni similitudinem possumus; sed hoc non semper utique possumus. Innumerabilia enim sunt verba, quorum ratio reddi non possit: aut *non est*, ut ego arbitror; aut *latet*, ut Stoici contendunt.”

mientan incluso estos mismos que afirman tales cosas. Por lo tanto, a ti corresponde juzgar si hemos de considerar que *verbum* se dice de *verberando* (“azotar”), o de *vero* (“verdad”) tan sólo, o de *vero boando* (“hacer resonar la verdad”), o si, por el contrario, es preferible que no nos preocupemos por su origen, ya que sin necesidad de ello entendemos lo que significa. (Aug. *Princ.dial.* 6)¹⁵

El pasaje que acabamos de leer, al margen de la ironía con que trata la cuestión, es fundamental por varias razones. Amsler observa que la comparación de la etimología con la interpretación de los sueños nos invita a entender aquélla como una actividad hermenéutica que debe resolver la ambigüedad de una red de signos mediante una interpretación alegórica¹⁶. El problema fundamental es que este tipo de interpretación, bien se aplique a los sueños, bien a la etimología, no puede acabar con las ambigüedades, como queda claro en la explicación múltiple de *verbum*. Esta visión del lenguaje a través de la etimología constituye en Agustín una suerte de visión alegórica e incierta. La comparación con la interpretación de los sueños es, por lo demás, muy estimulante. Veamos cómo considera Borges esta forma de visión a través del lenguaje que nos da la etimología. Para empezar, libre de los problemas inherentes a los viejos juegos de la

¹⁵ “Huc accedit, quod ut somniorum interpretatio, ita verborum origo pro cuiusque ingenio praedicatur. Ecce enim verba ipsa quispiam ex eo putat dicta, quod aurem quasi verberent: Immo, inquit alius, quod aerem. Sed nostra non magna lis est. Nam uterque a verberando huius vocabuli originem trahit. Sed e transverso tertius, quam rixam inferat. Quod enim verum, ait, nos loqui oporteat, odiosumque sit, natura ipsa iudicante, mendacium; verbum a vero cognominatum est. Nec ingenium quartum defuit. Nam sunt qui verbum a vero quidam dictum putent, sed prima syllaba satis animadversa, secundam negligi non oportere. Verbum enim cum dicimus, inquit, prima eius syllaba verum significat, secunda sonum. Hoc autem volunt esse bombum. Unde Ennius sonum pedum, bombum pedum dixit: et boasai Graeci clamare; et Virgilius, “Reboant silvae”. Ergo verbum dictum est quasi a vero boando, hoc est verum sonando. Quod si ita est, praescribit quidem hoc nomen, ne cum verbum faciamus, mentiamur: sed vereor ne ipsi qui dicunt ista, mentiantur. Ergo, ad te iam pertinet iudicare, utrum verbum a verberando, an a vero solo, an a vero boando dictum putemus: an potius unde sit dictum non curemus; cum, quod significet, intellegamus.”

¹⁶ “When Augustine juxtaposes etymologizing and dream interpretation, he is coming down on one side of a longstanding classical debate about the nature of hermeneutics. (...) Like sacrificers and prophets (...) dream interpreters disambiguate a network of signs by allegorical interpretation” (44-55).

etimología no científica, considera que el descubrimiento del origen oculto de una palabra se convierte en un placer:

Un hombre que cultiva su jardín, como quería Voltaire.

El que agradece que en la tierra haya música.

El que descubre con placer una etimología (...) (OC 3: 326)

Para Borges, la etimología, ligada sobre todo a sus estudios gramaticales del antiguo inglés, es, básicamente, una “contemplación” de las imágenes iniciales que constituyeron el significado de algunas palabras actuales, como las formas de futuro. Asimismo, no deja de asombrarnos la descripción de la experiencia etimológica como una variación de “símbolos de otros símbolos”, que no está lejos de la concepción alegórica de la etimología que veíamos en Agustín:

La voz del ruiñeñor del enigma

Y la elegía de los doce guerreros

Que rodean el túmulo de su rey.

Símbolos de otros símbolos, variaciones

De futuro inglés o alemán me parecen estas *palabras*

Que alguna vez fueron imágenes

Y que un hombre usó para celebrar el mar o una espada;

Mañana volverá a vivir,

Mañana *fyr* no será *fire* sino esa suerte

De dios domesticado y cambiante

Que a nadie le está dado mirar sin un antiguo asombro.

Alabada sea la infinita

Urdimbre de los efectos y de las causas

Que antes de mostrarme el espejo

En que no veré a nadie o veré a otro

Me concede esta *pura*

contemplación de un lenguaje del alba. (OC 2: 217)

Vemos juntas de nuevo la alegoría y la etimología, pero nos falta la interpretación de los sueños. No obstante, si Agustín comparaba la interpretación etimológica con la de los sueños, Borges va a hacer algo tan sorprendente como incluir la etimología en un sueño. Hay que ir a hasta el último Borges, el de 1985, que sueña una cruel muerte de la que le salva, inesperadamente, el recuerdo de una etimología (“*lenta* quiere decir flexible”), salida de un verso de Virgilio,

convertido ya, desde hace tiempo, en símbolo de su lejana adolescencia en Ginebra¹⁷.

Me condujo al pie de uno de ellos y me ordenó que me tendiera en el pasto, de espaldas, con los brazos en cruz. Desde esa posición divisé una loba romana y supe dónde estábamos. El árbol de mi muerte era un ciprés. Sin proponérmelo, repetí la línea famosa: *Quantum lenta solent inter viburna cupressi*¹⁸.

Recordé que *lenta*, en ese contexto, quiere decir flexible, pero nada tenían de flexibles las hojas de mi árbol. Eran iguales, rígidas y lustrosas y de materia muerta. En cada una había un monograma. Sentí asco y alivio. Supe que un gran esfuerzo podía salvarme. Salvarme y acaso perderlo, ya que, habitado por el odio, no se había fijado en el reloj ni en las monstruosas ramas. Solté mi talismán y apreté el pasto con las dos manos. Vi por primera y última vez el fulgor del acero. Me desperté; mi mano izquierda tocaba la pared de mi cuarto." (OC 3: 485-486)

De esta forma, la interpretación etimológica es ahora parte de la interpretación del propio sueño. Tenemos la impresión de que Borges ha cerrado un círculo insospechado e invisible. En resumidas cuentas, parece que esta paradójica reflexión que combina la curiosidad suscitada por la etimología con su inutilidad se adscribe a una visión escéptica, aunque fascinada, sobre la capacidad que tiene el lenguaje para darnos a conocer las cosas que designa. Una vez reconocida esta inutilidad, lo que vuelve interesante a la etimología son, por un lado, las paradójicas diferencias entre los significados originarios y los actuales, y, por otro, la facultad de ver a través de las palabras gracias a la interpretación etimológica. Estas reflexiones encuentran dos ocasiones estelares de ser expresadas en esos gigantes que son Agustín de Hipona y Jorge Luis Borges. Entre ellos, varios siglos de cultura occidental.

Francisco García Jurado
Universidad Complutense

¹⁷ "El pertinaz amante de las etimologías aprovecha para anotar que *lenta* significa ahí «flexibles». «Lento» es, como cualquiera sabe, un adjetivo predilecto del Borges poeta, acaso virgiliano." (García Gual 341).

¹⁸ Verg. *Ecl.*1,25. En traducción de Vicente Cristóbal: "cuanto se eleva el ciprés superando a flexibles viburnos".

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Agustín, Aurelio. *De dialectica*. Translated with Introduction and Notes by B. Darrel Jackson from the Text newly Edited by Jan Pinborg. Dordrecht-Boston: D. Reidel Publishing Company, 1975.
- Amsler, Mark. *Etymology and grammatical discourse in late Antiquity and the early Middle Ages*, Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins, 1989.
- Borges, Jorge Luis. *Obras completas*. 4 vols. Barcelona: Emecé, 1989-1996.
- Eco, Umberto. *La búsqueda de la lengua perfecta*, Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1994.
- García Gual, Carlos. "Borges y los clásicos de Grecia y Roma", *Cuadernos hispanoamericanos* 505-507, 1992, 321-345.
- García Jurado, Francisco. "El juego de la erudición. Las miscelánea en Julio Cortázar y Aulo Gelio (A propósito de las máscaras-personae reales y verbales)", *Actas del X Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*. Santiago de Compostela: Universidade, 1996, 137-147.
- García Jurado, Francisco. "La etimología como forma de pensamiento. Ideas lingüísticas e historia de la cultura". *RSEL* 31/2 (2001).
- Malkiel, Yakov. *Etimología*. Madrid: Cátedra, 1996.
- Todorov, Tzvetan. *Teorías del símbolo*. Caracas: Monte Ávila, 1993.
- Zamboni, Alberto. *La etimología*. Madrid: Gredos, 1988.